

“¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!” por Valentín Arteaga¹

Javier García

Profesor emérito del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

EN UNA CARTA QUE HACE DE PÓRTICO, “*Envío al editor*”, Valentín nos declara fin, propósito, circunstancias y, sobre todo, talante con que se dispone a escribir este libro: quiere encender un rayito de luz - como en la canción mexicana-, para aluzar el camino, el suyo, y ayudar a los demás a adivinar el propio, para que cada cual acierte a ver dónde pone el siguiente paso sin tropezar. Valentín Arteaga se convierte en nuestro sacristán que enciende las velas del templo - en la semipenumbra como en Sant’Andrea Della Valle, de Roma, donde él vive-, para permitirnos orar.

Y él a su vez, pide antes “*un poquillo de luz, por el amor de Dios*”, como los pordioseros clásicos pedían una monedita por amor de Dios. Autor y lectores formamos una comunidad de peregrinos alumbrados por candelas de mano, mientras caminamos por la vida. Y aquí, con su tono modesto, Valentín Arteaga dice cosas muy gordas: nos invita a buscar en el corazón aquellas preguntas primordiales que son ejes portantes de nuestra existencia: quiénes somos, de dónde venimos, hacia dónde vamos.

Y todo ello lo hace - aquí está el talante - no en tono doctoral y engolado, sino como el niño que se divierte con las cosas, como quien da noticias trascendentes en tono risueño, mientras se va de acá para allá, entre los “objetos” del mundo.

Valentín Arteaga camina sobre nuestro planeta con ojos muy abiertos y como pasmados, de contemplativo, con música siempre brotándole en el corazón, como surtidor inagotable en la fuente de su patio interior. Sabe captar los colores del arcoiris, les pone contrapuntos de Mozart y los expresa sobre la página en blanco con pinceladas de Van Gog. Valentín es místico, poeta, músico y pintor, por este orden. Lo que nos ofrece ¿es ensayo? ¿Soliloquio? ¿Simple reflexión? Todo ello junto; y, añadimos, greguería y meditación.

¹ Valentín Arteaga, *¡Un poquillo de luz, por el amor de Dios!*, Ediciones Soubriet, Tomelloso (Ciudad Real, España), 2010.

Tengo la suerte de conocer, desde hace más de un año, a Valentín Artega, sacerdote teatino. Somos vecinos en Roma. Camina por las calles del Campo de' Fiori, entre sereno y divertido, sus ojos negros chispeantes lo observan todo; su rostro jocundo, tirando a redondo, va enmarcado en una aureola de cabellos entre grises y blancos que solo alcanzan a cubrirle las sienes y la parte inferior de la cabeza, mismamente como una de esas estatuas de santos barrocos de las numerosas iglesias entre Piazza Navona, Corso Vittorio Emmanuele y Piazza Venezia. El tono de su voz es cálido, como castañuelas de la Mancha. Todo ello aderezado en unos modales de antiguo caballero castellano, con hidalguía de cuño legítimo.

“*Escribe cuanto se te ocurra*”, le dijo su amigo editor cuando Valentín se venía a Roma, “*vas a tener oportunidad, de seguro, de sacar adelante alguna cosilla que esté bien*”. Al terminar de leer estas 126 páginas, los lectores decimos que, en efecto, están bien, ¡pero que muy bien!

* * *

Espigamos ahora caprichosamente en este trival crujiente de su prosa, uno que otro capítulo, para hacer ver sus diversos registros, con algún comentario ocasional nuestro.

“Junto a Piazza Navona”

Valentín se asoma a tomar el pulso de Piazza Navona: es un paralelepípedo alargado, como circo romano para la carrera de aurigas, como en efecto lo fue en tiempos de emperador Domiciano. Entre las numerosas plazas de Roma, es una de las más bellas, con unidad de estilo, con tres fuentes de grandes artistas, de las cuales la más famosa es la de Bernini, con las personificaciones de los cuatro ríos que sostienen el monolito egipcio desafiando la fachada de la Iglesia de Santa Inés, del Borromini. Piazza Navona es una suerte de oasis en el flujo romano, que invita a aflojar el paso, a sentarse y a contemplar el abigarrado zoco humano que va y viene de todo el mundo. “En Piazza Navona, dice Valentín, se está por puro divertimento. Es como un paréntesis”.

“Urbi et Orbi”

Divaga aquí Valentín, sencilla y franciscanamente, sobre el universalismo humano y cristiano, del orbe y de la urbe. ¿Cuál? La urbe por antonomasia, Roma, sede no solo de emperadores, sino sobre todo, del Padre y Pastor de todos, el Papa, que desde la “*loggia maggiore*” -el balcón del mundo- bendice de tiempo en tiempo a la urbe y al orbe. Roma es un uni-

verso en pequeño y, a la vez, un mundo en expansión: en ella confluyen los caminos del mundo y de ella parte la luz hacia el planeta.

Los curas romanos dicen: *“parrocchus in urbe, episcopus in orbe”*. Y todo mundo está de acuerdo en que “todos los caminos llevan a Roma”. En cambio, el mundo precintado de las curias diocesanas afirma receloso que “de Roma viene lo que a Roma va”. Porque es ya un axioma entre juristas: *“Roma locuta, causa finita”*.

Valentín va de Roma a su Campo de Criptana natal, de lo universal a lo particular y viceversa. Sus raíces están en la Mancha, pero su tronco, su fronda y sus frutos, en Roma. Valentín, castellano de cepa, es también ciudadano universal de la Ciudad eterna.

“La belleza nos salvará”

Deambulando, deambulando por la Ciudad Eterna, Valentín descubre la belleza: en Campo de' Fiori o en la Fontana de Trevi, en Sant'Andrea Della Valle o en Piazza di Spagna, Valentín se queda pasmado ante la belleza que no se acaba, y presente, estremecido, la trascendencia. Se siente peregrino en busca de belleza. Como no hay paisaje sin ojos contemplativos, tampoco en Roma hay belleza sin ánimo reposado y con peregrino apresurado.

“Echa tu moneda al agua, compañero”

Le divierte a Valentín el rito de echar la moneda vueltos de espaldas a la Fontana de Trevi: es una suerte de rito pagano en que se paga tributo al dios Nettuno para no ser llevados por la aguas del Leteo, el río del olvido, y para volver a Roma.

Pero la mirada divertida y juguetona de Valentín descubre un sentido más hondo: solo vale lo que se da; la moneda retenida en el puño perfora la mano y seca el corazón. En realidad, la vida es moneda que solo vale cuando se da generosamente. Y aquí el ojo juguetón de Valentín se empareja con el sentir hondo del poeta Jorge Manrique para quien *“nuestras vidas son los ríos / que van a dar en la mar / que es el morir”*. Y empalma con la más alta sabiduría del Maestro de Nazaret que afirmaba: *“Más feliz es quien da que quien recibe”*.

“Bendita seas, muchacha”

Donde escuchamos toda la resonancia del corazón del poeta teatino es en este texto. Ve cruzar la plaza del pueblo, quizá Campo de Criptana, a una muchacha encinta, bañada de sol y feliz, las manos sobre la curva de su vientre. Valentín se siente arrebatado por el milagro de la vida contra vien-

tos y mareas de ideologías baratas y de culturas de muerte. Y le sale un canto incontenible: “¡Bendita seas, muchacha, tu alma ojival, tu corazón de trigo, tus ojos, tus manos, tus pies... y, sobre todo, el fruto bendito de tu vientre”. ¡Se diría un piropo blanco, un madrigal de urgencia que se le volvió avemaría!

* * *

Y así podríamos seguir desenredando este ovillojo entrañable de la prosa y del sentir de Valentín Arteaga en la Ciudad Eterna. Lo dejamos aquí para que sea cada lector quien lo haga y guste la palabra clara y castiza de este manchego romano. Él sigue preocupado por la falta de luz en las calles del mundo y nos invita a encender cada uno nuestra candela en la mano y en el corazón. Así equipados, ya podemos patear las calles del Trastévere en la Ciudad Eterna o los barrios de Alfonso López, en la ciudad colombiana de Cali.